

Por qué importa la fe en la primera infancia

Por: Dra. Mimi Larson (Julio 2025)

Sembrando semillas para una fe que dure toda la vida

Cuando pensamos en la formación de la fe en la niñez, solemos enfocarnos en lo que los niños más grandes pueden comprender: historias bíblicas, versículos para memorizar y prácticas de oración. ¿Pero qué pasa con los más pequeños? Aunque muchas iglesias reciben con calidez a los niños pequeños, el espacio de bebés y preescolar muchas veces se entiende más como una guardería que como un espacio sagrado para el crecimiento espiritual. Lo cierto es que los primeros años —especialmente los cinco primeros— son profundamente formativos. Durante este tiempo, los niños experimentan un gran desarrollo físico, emocional, social y cognitivo. Si reconocemos cuán importantes son estos años para todas las demás áreas del crecimiento, ¿no deberíamos considerarlos igual de esenciales para el desarrollo de la fe? Discipular intencionalmente a los niños pequeños ayuda a nutrir su espiritualidad dada por Dios y puede moldear su comprensión de Dios en los muchos años subsiguientes. En este artículo, exploraremos por qué es importante formar la fe desde temprano, cómo se ve en la práctica y cómo podemos involucrar incluso a los más pequeños en experiencias espirituales significativas.

La profunda importancia de la fe en la primera infancia

Durante los primeros cinco años de vida, los niños crecen a pasos gigantescos. Físicamente, pasan de necesitar que los carguen todo el tiempo a gatear, trepar, caminar y correr. Su lenguaje se desarrolla año tras año, y cuando llegan al preescolar, manejan entre 1000 y 2000 palabras. A medida que se vuelven más independientes, aprenden a expresar emociones y sentimientos mientras se relacionan con otros. Espiritualmente, un niño pequeño puede tener la certeza de que Dios lo ama y que puede amar y confiar en Él. También empieza a aprender que la iglesia puede ser un lugar seguro y amoroso. Los niños en edad preescolar forman su comprensión de Dios, de la iglesia y del mundo a partir de sus interacciones y observaciones de padres, pastores y de la comunidad de fe.

Uno de los mayores dones de la infancia es la capacidad de asombro y curiosidad. El desarrollo de la fe en la primera infancia nutre esa apertura natural, ayudando a los niños a formar un sentido de confianza, pertenencia e identidad en el amor de Dios. El discipulado en la etapa preescolar permite que los niños vivencien verdades espirituales de manera sencilla, a través del juego, las historias y las relaciones, sentando bases sólidas para una fe duradera. En contraste, un enfoque secular o postergado puede priorizar habilidades cognitivas sin atender la formación espiritual, perdiendo la oportunidad de moldear valores y propósito desde el inicio. Integrar la fe desde temprano ayuda a que los niños crezcan con resiliencia, empatía y una profunda conciencia de la presencia de Dios en sus vidas.

Una comprensión de Dios acorde a su edad

Los niños pequeños pueden comprender verdades fundamentales y vivenciales sobre Dios que marcarán su fe temprana. A través de relaciones amorosas con sus cuidadores, comienzan a entender que Dios es bueno, cercano y digno de confianza. A medida que desarrollan el lenguaje, también crece su vocabulario de fe: palabras como “Jesús”, “oración” y “amor” empiezan a ganar significado. Aunque su concepto de Dios pueda ser concreto —quizás lo imaginen como una figura parecida a un abuelo— entienden que Dios es especial, poderoso y real. Lo más importante es que saben que Dios los ama profundamente, que los escucha cuando le hablan y que siempre está con ellos, igual que las personas en quienes más confían.

La fe en los más pequeños no se construye sobre una teología compleja, sino sobre relaciones constantes y experiencias significativas del día a día. Los niños pequeños exploran el mundo con asombro, imaginación y un fuerte deseo de conexión, y en un entorno preescolar, la enseñanza fundamental sucede a través del relato, la música, el arte y el juego—herramientas que se alinean naturalmente con su forma de aprender. Su fe se forma mediante interacciones cotidianas con lo que Westerhoff llama otras “personas que viven su fe (*faithing selves*)”: seguidores de Cristo que modelan el amor, la paciencia y la confianza en Dios. Más que conceptos abstractos, aprenden que Dios está cerca, es amable y se manifiesta en los momentos más ordinarios: un abrazo que consuela, una oración compartida, o una canción que alegra. Para los niños, dar sentido a las experiencias es algo holístico: involucra sus sentidos, sus emociones y su cuerpo, no solo la mente. La fe se convierte en parte de su realidad vivida, formando un mosaico de experiencias que les enseña que Dios es bueno, digno de confianza y siempre presente.

Discipulado práctico en acción

Los padres juegan un papel vital en la fe de un niño pequeño simplemente viviendo su fe en lo cotidiano. Muchos se preguntan cómo compartir su fe con los más chicos, pero casi siempre comienza con el ejemplo: dejar que vean la fe en acción a través de la bondad, el perdón, el servicio y la gratitud. El discipulado en casa durante la etapa preescolar no requiere lecciones formales; crece con prácticas simples y constantes. Oraciones a la hora de dormir, dar gracias antes de comer y leer juntos breves historias bíblicas ayudan a construir un ritmo espiritual. Conversaciones diarias—como admirar la belleza de la naturaleza o hablar sobre cómo cuidar a los demás—generan momentos de fe naturales. También se comparte la fe mediante la música y el juego: cantar canciones de adoración, dramatizar historias bíblicas o usar juguetes para volver a contar parábolas conocidas. Cuando los padres invitan a Dios a lo cotidiano, muestran que la fe no es solo algo que creemos, sino algo que vivimos con alegría, día tras día.

Los niños pequeños pueden practicar su fe a través de:

- rutinas a la hora de dormir
- ritmos de oración en las comidas, al comenzar y terminar el día, etc.
- escuchar historias bíblicas / compartir relatos de fe
- observar y maravillarse de la creación en la naturaleza

La iglesia—incluyendo la sala de bebés, la escuela dominical temprana y los jardines cristianos—también cumple un rol significativo en el desarrollo espiritual de los niños pequeños. Estos espacios ministeriales no son solo cuidado infantil: son lugares sagrados donde se experimentan por primera vez las verdades fundamentales sobre Dios. A través de relaciones intencionadas y un currículo apropiado para su edad que enfatiza el amor de Dios, las historias clave de la Biblia y formas sencillas de adoración, los niños comienzan a construir su comprensión de la fe. Crear espacios seguros y cautivantes, donde los niños se sientan valorados y protegidos, les permite explorar la fe con confianza y alegría. Los líderes de ministerio sirven no solo a los niños, sino también a sus familias, al brindar recursos, capacitación y ánimos para continuar con las prácticas de fe en el hogar. Cuando la iglesia y la familia trabajan en conjunto, los niños pequeños reciben un mensaje consistente: Dios los ama, su fe importa, y la iglesia es un lugar donde pertenecen.

Una herencia de fe duradera

Sembrar semillas de fe en los primeros años no solo es posible: es poderoso. Cuando honramos la capacidad espiritual de los niños pequeños y la nutrimos intencionalmente a través de relaciones, rutinas y experiencias ricas, estamos sentando una base que puede moldear su vida enteramente. Un discipulado intencional en la primera infancia construye una fe firme y duradera—arraigada en el amor, expresada en la pertenencia y sostenida por la confianza en un Dios cercano. Ya sea en el hogar o en la iglesia, cada oración, historia, canción y acto de cuidado se convierte en un momento sagrado que contribuye al camino de fe del niño. Tanto padres como líderes de ministerio cumplen un rol vital en este proceso. Ánimos: no se trata de ser perfectos, sino de ser constantes, actuar con gracia y presentarse con fe. Cuidar la vida espiritual de la generación más joven es un privilegio y una responsabilidad profunda, y al caminar junto a los niños en su fe, a menudo también descubrimos que nuestra propia fe se profundiza y renueva.